



General Taylor,
Jefe norteamericano del Ejército de Operaciones del Norte
de la República Mexicana.

VII

BATALLA DE LA ANGOSTURA

Critica era en verdad la situación del general Santa-
Ana ante las posiciones enemigas que, como hemos
dicho, formaban una serie de lomas tendidas parale-
lamente de una y otra rama de la cordillera que en la
Angostura se estrecha, constituyendo en conjunto todo
un sistema de trincheras y baluartes naturales tras de
los que se habían instalado las baterías americanas.
Ante aquel ejército descansado y fuertemente defen-
dido por el terreno se presentaba una división aislada,
jadeante y fatigadísima, que acababa de hacer veinte
leguas en menos de un día. ¡Si el general Taylor
hubiese tenido conocimiento de estas circunstancias
hubiera hecho bajar inmediatamente á todas sus
reservas y habría barrido con aquella división aislada
que, en su derrota, iría á chocar en desorden contra la
gran columna de viaje, cuyos cuerpos marchaban á
grandes distancias unos de otros, los que hubieran
sido arrollados, produciéndose un gran desastre!

Acaso comprendió esto el General-presidente porque
se aprestó á mandar un parlamentario al general

Taylor, intimando rendición, anunciándole que estaba cercado por 20 000 hombres y no podría evitar una derrota.

Mientras se enviaba la respuesta de tan ridícula intimación, el general mexicano reconocía el campo enemigo, fuera del alcance de sus baterías. Los cuerpos del grueso del Ejército se formaban en línea de batalla á medida que iban llegando. Se estableció una batería sostenida por el Batallón de Ingenieros sobre nuestro flanco izquierdo, al que amagaba en la derecha del adversario otra batería enemiga. En nuestro centro y derecha situáronse otras dos baterías de á doce y de á ocho. La infantería se tendió en dos líneas paralelas y en la retaguardia, á derecha é izquierda, quedó la caballería del general Juvera y el cuerpo de Húsares; en el centro el Parque General, escoltado por la brigada de los Cuerpos presidiales del Norte.

El enemigo había elegido como punto principal de su defensa la loma más alta de las que atraviesan perpendicularmente la carretera del Saltillo, construyendo en la noche del 21 dos parapetos con sus fosos, y además había cavado otras varias cortaduras sobre el camino y sobre su derecha — alta é inexpugnable.

En la mañana del 22 supo el general Wool, — quien mandaba las tropas americanas, que de Aguanueva se habían retirado á Buenavista, — el avance del ejército mexicano. Entonces aquél hizo mover sus fuerzas á la Angostura para allí detener las nuestras, enviando aviso de esto al general Taylor que se encontraba en el Saltillo, ordenando el jefe americano la defensa de esta plaza amagada por la caballería del general Miñón, quien, como ya explicamos, se había separado de la columna mexicana para ir á colocarse á retar-

guardia del adversario, sobre la que debía obrar en el momento oportuno.

Éste había colocado una gran batería sobre la más alta de las lomas, á su derecha, enfilando el camino. Los Regimientos 1º y 2º de Illinois, de á ocho compañías; el segundo Regimiento de Kentucky y una compañía de Voluntarios Texanos se situaron en las crestas de las lomas del centro y la izquierda. Los Regimientos de caballería de Arkansas y Kentucky formaron la extrema izquierda americana; la Brigada de Indiana compuesta de los Regimientos 2º y 3º, los Rifleros del Mississippi y los escuadrones 1º y 2º con las baterías ligeras del 3º de artillería, integraron su reserva, tras las eminencias de la derecha que eran las más altas y estaban defendidas por barrancos en los que el agua de los torrentes filtrándose en el suelo había producido un terreno intransitable constituyendo magnífica defensa. Así pues el americano tenía la derecha inexpugnable, colocando en los altos relieves lo mejor de su artillería, y todo el resto de su ejército sobre las lomas de la izquierda que era el flanco más débil. Entre ella y Buenavista el Cuartel General de Taylor. Buen orden de batalla.

Santa Ana tendió su ejército sobre la derecha del camino, frente á la izquierda enemiga. El plan del general mexicano consistía en apoderarse de un alto cerro en el extremo izquierdo americano, y desde su cima poder batir sus posiciones para descender luego sobre la retaguardia de aquella ala.

Desde luego comprendió Santa Ana que su contrario había descuidado ocupar la mencionada altura, por la cual podía ser batido y volteado, y la que además

podía servirle para ejecutar esto mismo con las líneas mexicanas, cortándoles la retirada.

Al efecto, antes de que el enemigo comprendiese el error y ocupara el cerro, se mandó á la Brigada Ligera al mando del general Ampudia, que lo ejecutase; pero en ese mismo momento nuestro adversario mandaba á sus cuerpos de Rifleros con igual objeto. Por ambas partes los beligerantes comprendieron que la posición sería del que primero llegase á la cima: así pues se dieron prisa para lograrlo, y á paso veloz ascendieron por uno y otro lado á la codiciada altura.

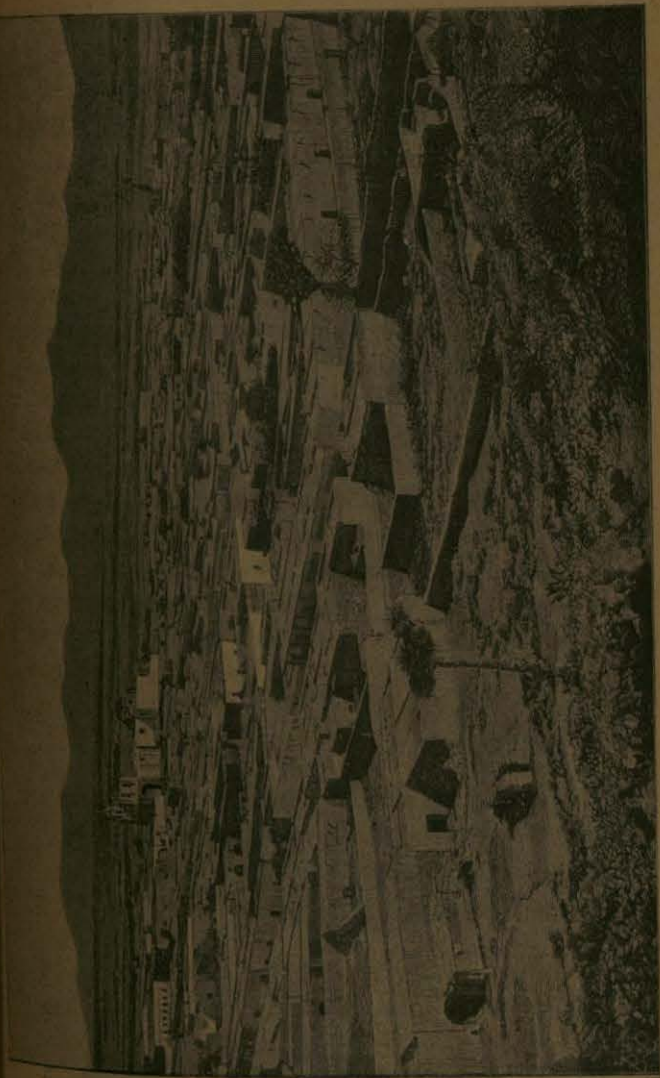
Hubo que disputársela con un fuego vivísimo que entabló á la vista de ambos ejércitos. El combate estuvo indeciso por mucho tiempo; pero no obstante los refuerzos que llegaron á los asaltantes americanos éstos tuvieron que abandonar la posición, batiéndose en retirada hacia sus líneas, tras de las altas lomas.

.... Moría la tarde en las tinieblas, cuando una inmensa aclamación de júbilo estalló unánime en el ejército mexicano, saludando la alegre diana con que anunció un clarín el triunfo de la Brigada Ligera que se había apoderado del cerro!...

En ese combate se distinguieron por su bravura los capitanes Márquez (Leonardo) y Osollo, de infamada memoria.

Durante la noche, con un frío espantoso, los contendientes sin luces ni fogatas guardaron un silencio augusto, precursor del formidable estruendo de la próxima batalla.

El general Taylor volvió al Saltillo para organizar la defensa de la ciudad, y llevar los últimos refuerzos



Vista del Saltillo.

sus líneas en la Angostura. Santa Ana por su parte, se ocupó en reforzar y extender su derecha, amagando la izquierda del Invasor.

Nuestro ejército constaba al entrar en acción la víspera, de poco más de 9,000 hombres de infantería y 3,000 caballos, apoyado apenas por cinco cañones de á ocho, cinco de á doce y un obús corto de cinco pulgadas. Diecisiete cañones de gran calibre había también, pero eran de sitio y plaza, y no podían ser utilizados sino en muy determinados puntos del campo de batalla.

El ejército del Norte era inferior en número, pues alcanzaba unos 7,000 hombres; pero superior en artillería, en cantidad y calidad de piezas, contando con 26 de diversos calibres, perfectamente servidas por artilleros ejercitados en el fuego y oficiales inteligentes y prácticos. Agréguese á esto que sus soldados se hallaban descansados, y que su posición sobre las lomas dominantes, ante terrenos escabrosos, triplicaba su número; y se comprenderá la inmensa ventaja que tenía sobre los nuestros.

Poco antes de romper el alba, principió furiosamente la batalla en el extremo derecho de la línea mexicana. Las columnas de este flanco al mando del general Ampudia, trataron de desalojar á los americanos de sus posiciones en su extrema izquierda, sobre la falda del cerro (véase el croquis), cuya cima habían ganado nuestras tropas el día anterior.

Comprendiendo Taylor la importancia de sostener fuertemente su izquierda, mandó reforzarla con nuevas tropas, haciendo avanzar diversas líneas en un orden escalonado, rebasando su derecha, la cual como sabemos era inexpugnable.

Mientras se encarnizaba el combate en el extremo oriental, y las tropas mexicanas iban ganando terreno, sostenidas por una batería de cinco piezas de á ocho, (en el punto G) al mando del general Micheltorena, Santa Ana organizó un ataque sobre el centro de Taylor con dos divisiones, formando dos columnas que avanzaron denodadamente, con el arma al brazo, por la derecha del camino, recibiendo terrible fuego de artillería del frente enemigo. Pero no obstante los estragos que ella causaba en nuestras filas, las columnas siguieron adelante, forzando el paso de las barrancas (E. E.) donde arrollaron los destacamentos que los defendían. En seguida ascendieron á la loma que se hallaba ante otra mayor que ocupaban los americanos, y, desplegando en batalla, rompieron su fuego sobre las posiciones contrarias, al que éstas contestaron con su potente artillería.

Al efectuarse este ataque en el centro, avanzaba por el camino otra columna de nuestra izquierda (H.), batida horrorosamente por los cañones contrarios que barrían filas enteras; sin embargo, también pudo coronar una loma á la derecha, generalizando de este modo el fuego en todo el frente de batalla.

Esta permanecía indecisa en el plan occidental y centro, donde las columnas oscilaban, ganando ó perdiendo terreno; pero en la derecha, la división de Ampudia había obtenido serias ventajas, haciendo retroceder los cuerpos de Rifleros que se oponían á

aquella. Entonces el general Taylor, comprendiendo el inminente peligro que corría su ejército si se arrollaba su izquierda, y tratando á su vez de envolver nuestra derecha, organizó otra fuerte columna (F.) que lanzó hacia la derecha de Santa Ana; pero en estos momentos la Brigada Ligera bajó del cerro (A.) desplegando en la falda (J.) sobre el flanco de la columna enemiga contra la cual avanzaban también fuerzas frescas enviadas por el jefe mexicano para sostener la lucha. Las tropas del adversario se encontraron batidas á su frente y flanco izquierdo, y no pudiendo extenderse, hicieron alto para resistir los impetuosos asaltos de nuestros infantes.

No duró mucho tiempo la resistencia de las norteamericanas columnas, pues los soldados mexicanos cargaron sobre ellas á la bayoneta con un brio digno de la causa que defendían!... El furor de los nuestros no tuvo límites: herían sin misericordia, atravesando vientres y pechos de enemigos invasores, algunos de los cuales en vano mostraban sus rosarios, después de arrojar las armas, gritando que eran católicos, cayendo de rodillas ante nuestros oficiales: ¡pedían gracia de vida! ¡Fué un momento de desquite y venganza! ¡Un hermoso instante!

Entonces vaciló toda la línea contraria atacada en su frente y rebasada en su ala izquierda, teniendo que replegarse á retaguardia, tras de las lomas que primero ocupaba (L. L.).

La Brigada Ligera, cuya misión debía haber sido batir el flanco oriental de Taylor, cooperando al ataque de frente, arrastrada por el entusiasmo de su triunfo, después de haber puesto en fuga á las tropas de la columna norteamericana, avanzó rápidamente

á su vanguardia, rebasando las líneas de su contrario, y fué á caer á su extrema retaguardia sobre la hacienda de Buenavista (M.), donde se le hizo terrible resistencia que no se pudo vencer por falta de artillería. Y, viéndose amenazada por las tropas de reserva del jefe americano, tuvo que volver, con grandes dificultades y bajas numerosas, á sus posiciones, después de tan gloriosa tentativa. Tras esta brigada había seguido parte de nuestra caballería de la derecha, la que tuvo un terrible choque con toda la americana de reserva, en combinación con una brigada de su infantería, derrotando la nuestra á la primera, á la cual rechazó con grandes pérdidas, siguiendo luego su marcha contra la hacienda de Buenavista.

Si en esta empresa hubiesen ayudado los escuadrones del general Miñón que debían estar en algún punto cercano, se habría tomado la Hacienda y caído luego sobre la espalda del enemigo, precipitando su derrota. Pero aquella caballería de refresco, aquella caballería salvadora que era el triunfo seguro y completo de las armas mexicanas, no estaba próxima, como era su deber; no sabemos aún si por ineptitud, envidia ó cobardía de su jefe, el general Miñón.

Pero en el terrible combate que sostuvo la Sección del general Juvera con los jinetes americanos que la recibieron á veinte pasos con una descarga de fuego de pistola, tras dura refriega al arma blanca, una parte del regimiento de Coraceros cargó con tal brio al frente de su comandante Francisco Gúitán, que se confundió con el enemigo, en cuya masa se abrió paso bravamente, yendo á aparecer al otro extremo del campo, separada del resto de sus escuadrones, y siendo perse-

guida por fuerzas superiores, tomó el rumbo del Saltillo, y en mucho tiempo no pudo volver al campo sino después de orientarse en la Sierra.

En esa lid de caballería en que se desplegó gran valor por ambas partes, murieron varios oficiales y jefes beligerantes.

La caballería que por nuestra izquierda avanzó por el camino del Saltillo, después de haber sufrido los fuegos de la batería (Y.), situada en la derecha americana, también se adelanta con denuedo hasta Buenavista; pero allí las reservas americanas en número superior, hacen inútil este otro esfuerzo aislado, impidiendo que regresen aquellos dragones, rodeando el cerro de la izquierda mexicana, por no poder atravesar de nuevo las líneas del Invasor cuyos fuegos han diezmado tan valientes tropas.

En tanto que se verificaban estas acciones, nuestras fuerzas que atacaban al frente habían seguido avanzando con ímpetu, tomando loma tras loma y haciendo cesar al adversario que iba abandonando sus primeras posiciones y que llegó á presentir su completa derrota cuando vió rechazada su izquierda y batido con tanta bizarría su frente.

Al ganar terreno nuestras columnas, Santa Ana hizo cambiar la batería del general Micheltorena hasta el centro de ataque (N.) dejando sin artillería la derecha donde aquélla había sido utilísima.

Observa con razón un jefe de artillería, que pudo haberse llevado la batería de á doce que jugaba en el centro, á retaguardia, al lugar que ahora ocupaba la de á ocho, situando ésta en la derecha de la línea de avance, para cruzar sus fuegos con la primera, tanto más cuanto que la batería de á doce apenas pudo

haber hecho algunos disparos durante la jornada, porque en su mal escogido emplazamiento la ofuscaban las elevaciones y asperezas del terreno.

Dos horas después de mediodía, los combates habían sido múltiples, se habían dado cargas tras cargas, y nuestras dos líneas de columnas del frente y la izquierda, habían conquistado loma tras loma, bajo el fuego de las baterías enemigas y de las compañías de infantería que las apoyaban, habiéndose desarrollado escenas épicas entre nuestras tropas y las contrarias, ya subiendo, ya bajando por las colinas, ó corriéndose los mexicanos asaltantes por el fondo de las torrenteras, para disputarse en la contienda que se multiplicaba en la sinuosa línea de la batalla, cañones y banderas!

Al regresar la caballería de nuestra derecha, después de sufrir trágicas aventuras en su regreso del ataque de Buenavista á través del campo enemigo, y luego que hubo llegado también nuestra infantería ligera rehaciéndose tras la línea de combate, hubo un momento de gran tregua entre los ejércitos beligerantes á causa de fuerte chubasco que se abatió sobre el campo de batalla.

Ante esta tregua, después de tanto derroche de valor y energías, el enemigo se rehizo; pero con el ánimo evidente de emprender la retirada con orden, dando sus disposiciones para que sus trenes de carros principiaran á moverse hacia el Norte, en tanto que el resto de las fuerzas que se habían empeñado en la lucha iríanse retirando escalonadamente, relevadas en parte por los cuerpos de Reserva.

Cuando terminó la lluvia, aclarándose bellamente la tarde, los beligerantes se aprestaron después de su actitud expectante y silenciosa, turbada sólo por alguno

que otro cañonazo de las baterías combatientes (la O. contra la Y.) á emprender de nuevo la lucha.

Entonces Santa Ana, viendo que el día terminaba y la batalla permanecía indecisa, falto de conocimientos acerca de la actitud del adversario, intentó darle una embestida clásica, atacándole de frente con todas las fuerzas que trajo á su centro de derecha é izquierda conduciéndolas él mismo, exponiéndose á caballo á la lluvia de balas, animando las tropas con gritos enérgicos y vibrantes á los que contestaban los batallones mexicanos con aclamaciones en que lanzaban ¡vivas! á su general y á la patria. Los americanos al ver la aglomeración de fuerzas que sin duda debían caer sobre su centro, organizan á su vez rápidamente nuevas columnas que salen al encuentro de las nuestras, llevando aquéllas más de 3,000 hombres. Y entonces se traba una lucha encarnizadísima en las cimas y faldas de las lomas y en el fondo de los barrancos sucediéndose al fuego de fusiles, pistolas y rifles el choque seco de las bayonetas y los sables, acompañado por el griterío estentóreo de los combatientes. ¡Nada más espantoso que esas luchas al arma blanca, cuerpo á cuerpo, á sangre y odio al final de una batalla!

Poco antes, un incidente estuvo á punto de introducir gran pánico en las reservas mexicanas. Nuestra retaguardia tenía á su izquierda la boca de una estrecha cañada (Q.) que rodeaba los cerros occidentales hasta desembocar á retaguardia de éstos en otra boca semejante (P.) Precisamente por esa curva y estrecha garganta que faldeaba aquellas eminencias encontró al paso la caballería mexicana que se había visto separada del resto de sus fuerzas después del ataque contra la hacienda de Buenavista.



Croquis de la batalla de la Angostura.

Los exploradores mexicanos dieron aviso de la aproximación de una fuerte columna que debía desembocar á la entrada de la garganta (Q.). Nuestra izquierda se creyó perdida juzgándose asaltada de improviso sobre aquel flanco por fuerzas considerablemente superiores. Sin embargo, algunas piezas de la batería (O.) de la izquierda, se abocaron sobre la entrada del desfiladero, en tanto que el batallón que apoyaba aquella batería formó en orden de combate ante tan peligroso punto.

Nuestros coraceros fueron recibidos al pronto por los disparos de nuestra propia batería, lo que hizo detenerlos hasta que momentos después un oficial que destacaron, hizo comprender la verdad á los jefes, siendo saludados con muestras de alegría aquellos valientes jinetes cuyas lanzas de ennegrecidas puntas daban buena idea de lo que acababan de hacer allá en la retaguardia enemiga. El frente mexicano continuaba su avance á pesar del cansancio que abrumaba á las tropas que no habían probado un bocado y muchas de ellas no habían bebido ni un trago de agua desde la noche anterior; mas seguían combatiendo bizarramente hasta lograr éxitos magníficos en diversos puntos del campo de batalla.

Los varios cañones, carros y banderas que habían caído en poder de nuestras columnas y los prisioneros que los soldados respetaban, conducidos en grupos á retaguardia nuestra, y más que todo, el haber ocupado sucesivamente la primera y segunda línea de las lomas en que se parapetaba el americano, hicieron comprender á nuestro ejército que por fin había vencido.

Y en efecto, rechazado Taylor, envuelta y destrozada su izquierda, maltrechos su centro y reservas, habiendo

tenido éstas que sufrir el choque de nuestra caballería hizo activar sus disposiciones de retirada para no hacer definitivo el triunfo de las armas nacionales.

Mas sucedió que, habiendo tenido noticia el jefe de la escolta de los trenes americanos que la caballería del general Miñón amenazaba cortarle la retirada, tuvo que retroceder; y con sus mismos carros formaron entre Buenavista y la entrada norte de la garganta de la Angostura un reducto defendido por todas las reservas de Taylor, que á la sazón efectuaba un gran movimiento de retroceso tras de las últimas lomas...

¡ Ya era el crepúsculo! Un crepúsculo frío y rápido, cuyas tintas violáceas manchaban negras nubes de pólvora, rayadas á trechos por los rojizos relámpagos de nuestra única batería ó por las chispas amarillentas de nuestros fusiles cuyo tronante fuego iba menguando á medida que las tinieblas avanzaban, en un *decrecimiento* siniestramente trágico.... Los últimos gritos del combate, de triunfo ó rabia, de angustia en los heridos, de cólera y audacia en los que aun desafiaban á los ya invisibles adversarios, fuéronse extinguiendo también, hasta que, por fin, uno y otro beligerante quedó inmóvil y silencioso bajo la inmensa obscuridad helada que envolvió el campo de batalla!...



VIII

DESPUÉS DE LA BATALLA

LA RETIRADA Á SAN LUIS

Después de tan terrible jornada, nuestras tropas permanecieron sobre el campo conquistado al enemigo, con la satisfacción y el orgullo de haber obtenido un gran triunfo, tanto más digno de gloria para las banderas mexicanas, cuanto más sangre había costado adquirirlo.

Aunque todos comprendían que tendría que darse otra batalla para destruir por completo al adversario, arrojándole hacia el Norte, después de escarmentarle enérgicamente, y aunque se esperaba que hiciera tenaz resistencia, había en nuestras filas el suficiente ánimo y la más completa resolución para batirse con el mismo denuedo con que habían peleado todo el día 23.

¡ Mas cuál sería la sorpresa, la cólera, la indignación, la amargura de todo el Ejército al saber la estúpida orden de emprender violenta retirada en plena noche, después de los horrores y los triunfos del día!

Nadie pudo comprender la causa de tan singular disposición.